

BUELA, Alberto Eduardo. El sentido de América. Bs. As., Ed. Theoría, 1990, 131 p.

Realizó el autor de este libro sus estudios de filosofía en la Universidad de Buenos Aires y en la de París IV-Sorbona. En la Facultad de Filosofía y Letras de la primera obtuvo los grados de profesor y licenciado, y en la segunda el de doctor en filosofía. Se ha especializado en el pensamiento filosófico-político. Es presidente en la ciudad de Buenos Aires de la Fundación Cultura y Labor, donde desarrolla tareas de docencia e investigación filosóficas.

En la producción escrita del Dr. Buela figuran varios estudios entre ellos **El ente y los trascendentales** (1972), **El ente: manifestación y conocimiento** (1975), **La sinarquía y lo nacional** (1974), **La organización sindical** (1982), **Esquema de las obras éticas de Aristóteles** (1986), **Hegel: derecho moral y estado** (1986), **Aportes al pensamiento nacional** (1987), **El fundamento metafísico de la ética de Aristóteles** (1988). Ha traducido y publicado en la fundación que preside **El Proptréptico de Aristoteles**, con notas y comentarios.

Nos entrega en fecha reciente (noviembre de 1990), su nueva obra que lleva el nombre de **El sentido de América**, una serie de "seis ensayos en busca de nuestra identidad", como dice el subtítulo del libro. ¿Qué se propone el autor? El estudio de la identidad nacional, el ser americano y la idea de América. Se sitúa en la dirección y las preocupaciones de Pedro Henríquez Ureña, cuyas categorías de situación y carácter rescata como válidas. Fue el autor dominicano quien orientó a Buela desde hace años en los temas y problemas de la cultura americana. Propósito

del escritor es intentar la explicación de los principios y valores de nuestra conciencia nacional y nuestro ser americano. El enfoque de sus seis ensayos no es caracterológico, histórico, político, económico, sino filosófico y abarcativo.

En el primero de los ensayos que componen la obra trata Buela el tema de la cosmovisión nacional. Dos líneas de pensamiento concurren a la formación de la conciencia nacional: la hispánica y la anglofrancesa. La primera configura, a partir del siglo XVI y hasta los comienzos del XIX, la conciencia nacional de hispanoamérica. La segunda comienza en los primeros años del siglo pasado, y de allí en más conviven hasta nuestros días. Cada una de ellas está representada por importantes figuras históricas. La línea hispánica participa de la conciencia nacional con la lengua y la religión católica, influyendo resueltamente en las creencias y costumbres de los autóctonos. La línea anglofrancesa muestra su influjo a través de dos ideas básicas: la democracia política (en el modo republicano) y el principio de tolerancia. Una es cristiana, popular y autoritaria-personalista y la otra es democrático-exclusivista y liberal. Estas dos corrientes del pensamiento convergen en la actualidad en la configuración de la conciencia nacional. En suma: para Buela la conciencia nacional encierra como rasgos fundamentales los de ser republicana, popular, cristiana y humanista (tolerante). "Cualquiera de estas características que no se mencione -escribe el autor- o que se exagere, desvirtúa de hecho el concepto de "lo nacional". Y, por ende, una conciencia que no las posea, mal puede hablar de él" (p. 20).

Extiende Buela los rasgos de la conciencia nacional a toda iberoamérica, porque en última instancia ella constituye la gran patria de los hispanoamericanos. Hay

comunidad de lengua, continuidad de territorio, los sentimientos religiosos son básicamente los mismos, la síntesis o fusión indo-católica se ha producido en todos los pueblos, y la existencia de una concepción común del mundo y la vida es compartida por sus habitantes.

En el segundo ensayo, "Elementos estructurales de la conciencia nacional" continúa Buela ahondando la conformación de la conciencia nacional hispanoamericana. Las fuentes de la identidad de la sobredicha conciencia la encuentra el autor en la mixtura de lo católico y lo indigenista. Cuando habla de "lo católico" no lo hace tanto como categoría confesional, sino como cosmovisión del hombre europeo arribado a las tierras del sur. La fuente de "lo católico" entendido como categoría ántropo-cultural es la baja edad media y su mixtura con lo indo. Esa conciencia cristiana que llegó a la América hispánica no pasó por los diferentes estadios de la denominanda revolución mundial, es decir revolución francesa, revolución bolchevique y revolución tecnocrática. En este ensayo realiza su autor un agudo análisis del tiempo existencial del hombre hispanoamericano y del ocio concebido como "no hacer nada que merezca la pena", distinguiéndolo de la pereza y el ocio creador del modelo europeo.

"Lo católico" es principio activo de la conciencia nacional iberoamericana, mientras que lo indo es el principio pasivo. "Una auténtica cultura nacional sólo se puede constituir como tal, si expresa armónicamente esta mixtura, estos elementos estructurales de la conciencia nacional, como una unidad" (p. 33).

Se contrapone la conciencia iberomericana a la conciencia europea, porque tiene conciencia de su particularidad. Habla desde aquí y para todos, sabiéndose particular, mientras que la última habla siempre como conciencia

universal. "Habla desde Europa para todos como si ella fuera la conciencia de la humanidad, y sus valores, los valores de los verdaderamente hombres", no percatándose de su propia particularidad. "Creemos ver aquí -dice Buela- el principio rector que todo pensamiento nacional debe tener en cuenta si intenta filosofar en forma no mimética, respecto de la universalidad académica tan cara a la conciencia europea y al saber de sistema, tratando así, de explicar lo implícito que encierra nuestra realidad, para que el mismo tenga asidero y no menta un puro juego de conceptos" (p. 34).

Lleva el nombre el tercer ensayo de "Hispanoamérica contra Occidente". Aborda en él la cuestión desde el punto de vista axiológico. Analiza el concepto de Occidente señalando sus vivencias y expresiones predominantes. Las primeras se caracterizan por ser predominantemente activas, a diferencia de las de Oriente, en las que prevalece la pasividad. Aquéllas son vivencias históricamente activas, luchas de conquistas o de defensas, que se manifiestan a través de un conjunto de valores dotados de sentidos. El autor se pregunta si Occidente es una visión única o bien si está integrado de diferentes visiones del mundo. Responde expresando que Occidente se ha ido estructurando a través del tiempo como la base común de todos los pueblos que lo componen.

Esa base común de Occidente muestra estos rasgos fundamentales: a) el indoeuropeo como sustrato lingüístico; b) la noción de ser aportada por la filosofía griega; c) la concepción del ser humano como persona, esto es como "ser moral libre"; d) el Dios uno y trino, personal y redentor, como el aporte propio del cristianismo; e) la instrumentación de la razón humana como poder científico

y tecnológico, que ha dado hasta el presente el predominio de Occidente sobre Oriente.

En nuestra época se han producido en Occidente algunas transformaciones que parecen llevarlo a su decadencia: la colonización cultural de la lengua inglesa, la pérdida del sentido del ser, la ausencia de sentido de la existencia humana, la falta de identidad de la persona con el predominio del uno anónimo, la homogeneización de la vida en los usos, costumbres y medios de comunicación social, el carácter pernicioso de la ideología igualitaria de la sociedad occidental contemporánea.

Manifestaciones decadentes se observan, a juicio de Buela, en las formas sociales del capitalismo liberal, del comunismo marxista, de la socialdemocracia y del socialismo cristiano. En este marco de situación, la gran esperanza para que Occidente salga de la crisis que lo agobia es Hispanoamérica.

El cuarto ensayo del libro de Buela trata del "Social cristianismo y la identidad nacional iberoamericana". En esas páginas se analizan estos pares de conceptos contrapuestos: mestizaje-simbiosis, conciencia espontánea-conciencia trabajadora, socialismo autogestionario-participación en la propiedad, estado subsidiario-estado solidario, civilización amor-civilización hispanoamericana, social cristianismo y pensamiento nacional y popular.

En el quinto ensayo estudia Buela "la homogeneización del mundo". Este fenómeno de una única civilización planetaria ha sido vista desde varios puntos de vista. Desde el ángulo filosófico ha sido interpretado como "mundialización de la cultura" (P. Ricoeur), "etapa de nivelación" (M. Scheler), "universalismo igualitario" (J. Freund), "estandarización de la existencia" (S. Kierkegaard),

"uno anónimo (M. Heidegger), "alienación discursiva" (M. Foucault) y varios más.

Para Buela los países no tienen ya más "interior", como ámbito donde sus habitantes se encontraban con sus prístinas tradiciones. En la actualidad la conciencia de los hombres, aún la de los que viven alejados de los grandes centros urbanos, está colonizado mentalmente por la acción del bombardeo de mensajes de los medios de comunicación (T.V., radio, revistas, diarios). La visión de cada pueblo ante el mundo y la vida y la actitud que han adoptado a lo largo de su historia y de la historia, está siendo raigalmente eliminada. Por eso nuestro tiempo es la época de la homogeneización.

El fenómeno abarca el lenguaje, la existencia, los ideales políticos, la producción de sentido de los acontecimientos por los grandes centros de poder histórico. Este es el contorno del drama histórico de la humanidad actual, de América hispánica, los pueblos árabes y los de Africa.

El libro de Buela concluye con un ensayo (el sexto) sobre "El sentido de América". Tiene tres partes. En la primera, muy aguda e interesante, discrimina los nombres que a América se han impuesto y los preconceitos filosóficos e ideológicos que animan esas designaciones. Rastrea el autor las denominaciones de América Latina, Panamérica, América Española, las Españas o España Ultramarina, Hispanoamérica, Iberoamérica, Indias o Indias Occidentales. Concluye de esa búsqueda que el término más adecuado es simplemente el de América y el de americano para referirse a sus gentes. Dicha cultura proviene, como queda dicho, de dos cosmovisiones: la telúrica o india y la Católica o bajo medieval. Ambas fueron los orígenes de una simbiosis original, un mixto nuevo, resultado de lo mejor que tuvo América autóctona y la Europa Mediterránea.

Son estudiados en la segunda parte del ensayo las opiniones filosóficas que ha suscitado América hispánica. Asienta las interpretaciones de Waldo Frank, F.S. Northrop, Richard Morse, Hegel, Ortega y Gasset, el conde de Keyserling, Giovanni Papini, Mayz Vallenilla, José Vasconcelos, Leopoldo Zea, Alberto Boixados, Ezequiel Martínez Estrada, Alcides Arguedas, Octavio Paz y otros.

Finalmente, y en la tercera parte del sexto ensayo, habla Buela de su propia tesis caracterizándola con la afirmación de que la América hispánica es la civilización de "lo hópito". A vuelta de algunas precisiones etimológicas del nombre de América, plantea la cuestión de la identidad, mismidad de América. A ambas preguntas da respuestas filosóficas. La vía para responder a la primera dificultad es el análisis de los elementos estructurales que conforman la conciencia nacional de hispanoamérica. Los ingredientes que la configuran son los valores, que la diferencian y le dan sentido. Esos valores surgen de la simbiosis de las dos concepciones del mundo a que Buela se ha referido anteriormente: lo indio telúrico y lo católico o bajo medieval, que han formado con el tiempo un todo en sí mismo. De esos dos aportes a la conciencia nacional entendidos como originarios, el autor da predominio al ingrediente católico. Su aporte consiste en el sentido jerárquico de su axiología o escala de valores, la intencionalidad teleológica del concepto de orden, la idea de bien común y no simplemente de bien-estar, la objetividad de los valores, la visión del hombre y la sociedad como un todo, que rechaza las parcializaciones del espíritu científico-tecnológico.

El componente indio aporta una peculiar concepción y utilización del tiempo existencial. El tiempo de la conciencia hispanoamericana no es el de la holgazanería, la indolencia y la ociocidad. Es el tiempo concebido como

maduración, como categoría anclada en el "estar aquí", propia del americano arraigado, por oposición al "ser alguien" típico de la sociedad de consumo. No es tampoco el de la pura permanencia en el ser, el estar y durar, sino que es la experiencia de la duración entendida como maduración, que indica la interrelación entre la naturaleza pródiga y no escasa, con la conciencia autóctona que acompaña sin forzar, el desarrollo de los seres naturales y las acciones de los hombres.

Con respecto a la segunda pregunta, ¿qué es América? la respuesta del autor es la siguiente: "América, antes que nada, es un espacio geográfico continuo que se ha diferenciado del resto del mundo por su capacidad de hospedar...América, es pues, lo hópito" (p. 124). Distingue entre hallar o encontrar y descubrir. Las dos primeras palabras no suponen intención, mientras que descubrir es el acto de poner de manifiesto. El descubrimiento de América ha sido, pues, una develación original, un modo de develación de la originariedad americana, hecha desde la conciencia cristiana de la época.

A partir del descubrimiento, América ha sido la tierra de "lo hópito", las gentes que arribaban a ella huían de la pobreza, la persecución, la guerra, el hambre, del ahogo existencial y de la imposibilidad de ser verdaderamente hombres en otras latitudes de la tierra. Llegaban con vocación de arraigo, de convertirse en americanos, de fundar una estirpe nueva. Es decir, que el ser americano supone la idea de un proyecto lanzado hacia adelante en el tiempo y el impulso de realizarlo mediante el trabajo arduo.

Concluye Buela el último ensayo de su libro con estas oportunas advertencias: "Lo nuevo que ofrece América es la condición de posibilidad que nos permite crear un mundo distinto y diferente, al mundo ya conocido...Ello no quiere

decir que lo nuevo por el mero hecho de ser nuevo sea verdadero, sino que lo nuevo es valioso cuando informa lo inerte transformándolo en un bien. Como posibilidad de dar sentido. La novedad de América exige entonces un arduo trabajo, como ya nos adelantara su etimología ("Poderosa en el trabajo" o "la que manda en su hogar"). Trabajo que exige previamente un proyecto: algo lanzado previamente hacia delante que debe ser realizado. Pero no ya a partir de utopías antiguas o contemporáneas, sino desde nosotros mismos, desde nuestros propios valores y vivencias. América nos ofrece a los americanos ser fundadores de una estirpe; de no llevarla a cabo no nos podemos llamar propiamente americanos. Ahora bien, esto sólo va a ser posible cuando el proyecto de unidad americana logre, que el itismo de Panamá, sea para nosotros lo que el Corinto para los griegos, como anhelara Simón Bolívar".

Hemos expuesto en esta reseña el propósito de Alberto Buela en su libro **El sentido de América**, cómo plantea los problemas, cuáles son sus tesis, cómo desarrolla sus argumentos y las conclusiones a que arriba. Más allá de las coincidencias y de las no-coincidencias, hay que decir que ha contribuido a aclarar los problemas planteados y a solucionarlos con consideraciones originales que hemos tratado de destacar debidamente. Sólo queda por recordar que la obra de Buela lleva una carta prólogo de Alberto Caturelli.

Diego F. Pró